

**David Hernández
de la Fuente
Raquel López Melero**

Civilización griega

Alianza Editorial

Primera edición: 2014
Cuarta reimpresión: 2020

Dibujos: Carlos Moreno
[19, 24, 27a, 35, 36, 47, 69a, 71, 86 y 92]

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© David Hernández de la Fuente y Raquel López Melero, 2014

© Alianza Editorial, S. A., 2014, 2015, 2017, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9343-9

Depósito legal: M. 19.130-2014

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL,
ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Introducción	13
1. Los griegos, signos de identidad: <i>to hellenikon</i>	15
1. El pueblo griego: signos de identidad.....	18
2. Contexto y periodización.....	20
3. Lo helénico: lengua y cultura.....	24
4. Fronteras físicas e ideológicas de lo helénico.....	26
5. Héroes fundadores de la civilización.....	29
6. El espacio conceptual de la civilización.....	33
2. El espacio público y el marco familiar: <i>agora</i>	41
1. El espacio público de la <i>polis</i>	42
2. Los templos.....	45
3. El <i>ágora</i>	46
4. Un desarrollo milenario.....	48
5. El <i>ágora</i> ateniense.....	50
6. Un monumento a la democracia: los tiranicidas y el espacio público.....	52
7. Tipología de las <i>poleis</i>	55
8. Urbanismo y poder: de Mileto a Turios.....	56
9. Ciudades del occidente: Masalia y Siracusa.....	59
10. La <i>polis</i> helenística: Alejandría y el espacio cultural.....	62
11. De la <i>polis</i> al <i>oikos</i> : la familia griega.....	65

12. La descendencia del <i>oikos</i>	67
13. El matrimonio y la relación de pareja	69
14. La situación de los mayores	71
15. La cuestión de la esclavitud	73
16. Vecindad y agrupaciones de <i>oikoi</i> : la importancia de la fratría	75
3. La integración del individuo en la colectividad: <i>paideia</i>	81
1. La educación del individuo	84
2. La <i>agoge</i> espartana	88
3. El paso a la vida adulta: efebía y pederastia	91
4. La educación como ideal helénico	93
5. Individuo y colectivo en el marco político: el <i>nomos</i>	100
6. Los mecanismos de participación política en Atenas	105
7. La democracia como mecanismo de integración.....	110
4. La mujer griega: <i>gyne</i>	113
1. Las mujeres griegas en los estudios de género	115
2. La supuesta marginación y reclusión de las atenienses.....	118
3. Historia de la historia de las mujeres griegas.....	121
4. Erotismo y matrimonio.....	126
5. La ley del 451 a.C. y sus consecuencias sobre las mujeres de Atenas.....	128
6. El colectivo de las heteras	130
7. Mujeres en funciones religiosas.....	132
8. Las mujeres en los diálogos platónicos.....	134
9. Las mujeres filósofas.....	138
10. La hembra humana de Aristóteles	141
11. La capacidad patrimonial de las espartanas y el epiclerato	143
5. La dimensión religiosa: <i>theoi</i>	147
1. Del caos al orden: el sistema olímpico en el mito	150
2. El culto a los dioses	155
3. Poesía, religión y praxis religiosa	159
4. El rito en su contexto social	163
5. Intercambio y comunicación: plegarias, sacrificios y oráculos	167
6. El santuario apolíneo de Delos	171
7. El santuario panhelénico de Delfos	176
8. Festividades religiosas.....	180
9. Los misterios griegos	184
6. La guerra y los aspectos militares: <i>polemos</i>	189
1. La guerra de los orígenes: Troya	189
2. Conceptos sobre la guerra: de Homero a la edad arcaica	195
3. El ideal heroico y la ética aristocrática	200
4. La guerra hoplítica	205
5. Guerra y sociedad: Esparta y Atenas.....	212
6. Conceptos bélicos después de la guerra del Peloponeso	216

7. Atletismo y grandes celebraciones panhelénicas: <i>agon</i>	223
1. Hacia unos juegos panhelénicos	224
2. Una agonística peculiar	226
3. El cuerpo del atleta	227
4. El atletismo de las mujeres	230
5. El espacio olímpico	232
6. Carrera	234
7. Artes marciales	235
8. Pentatlón	237
9. Competiciones ecuestres	240
10. El cantor de los juegos: los epinicios de Píndaro	241
8. Economía, comercio, viajes y formas de intercambio: <i>emporion</i>	249
1. Formas de la economía	251
2. La moneda	254
3. El comercio: entre lo civil y lo sacro	255
4. Aspectos jurídicos del comercio: propiedad, posesión y crédito	256
5. Comercio y colonizaciones	261
6. Colonias de la Magna Grecia	266
7. Colonias del lejano occidente	269
9. Literatura y sociedad: <i>grammata</i>	275
1. Periodización y conceptos generales	276
2. Literatura griega arcaica: épica y lírica	280
3. Literatura griega clásica: drama, prosa y oratoria	289
4. Literatura griega helenística	298
5. Literatura griega de edad imperial	303
6. Cristianismo y literatura griega	309
10. La evolución del pensamiento griego: <i>philosophia</i>	313
1. Orígenes del pensamiento griego: entre jonios y pitagóricos	315
2. La escuela eléata	322
3. Los pensadores pluralistas	325
4. La sofística y la reacción socrática	329
5. Platón	334
6. Aristóteles	339
7. Filosofía helenística	344
8. El pensamiento en la antigüedad tardía	348
Identificación y comentario de las ilustraciones	353
Cronología	375
Breve bibliografía	379



Grecia antigua y mar Egeo



Magna Grecia y Sicilia

Introducción

El milenio de civilización griega que, en el ámbito cronológico de la historia antigua, se extiende desde los poemas homéricos hasta los albores del mundo bizantino, fue testigo de unos logros intelectuales y artísticos sin parangón en ninguna otra etapa histórica. Su inmenso legado sigue sirviendo hoy como base para nuestra cultura. Este libro se propone presentar un estudio transversal de los elementos fundamentales de la cultura y civilización griegas antiguas, desde la época arcaica hasta la época imperial romana, dando cuenta de la unidad de pensamiento e idiosincrasia del mundo griego a lo largo de estos siglos. Estructurado en una serie acotada de diez ámbitos conceptuales distintos y complementarios a la vez, que dan fe de la riqueza cultural de lo helénico en sus diversas etapas, es necesidad centrarse con preferencia en las épocas arcaica y clásica, que es cuando se forja la identidad griega a través de la lengua, la literatura, el pensamiento, las creencias religiosas y la organización colectiva.

Estas páginas pretenden ofrecer una serie de reflexiones dirigidas a analizar la continuidad cultural de la civilización griega, dando breve cuenta de sus transformaciones, desde una perspectiva a la vez sincrónica y diacrónica. El libro se estructura, así, siguiendo diez ejes temáticos: en primer lugar se trata de definir al pueblo griego a partir de sus signos de identidad y de la oposición frente a lo no griego. Desde la formación de los primeros entes políticos en la Grecia arcaica hasta la disolución del mundo helenístico en el marco de las conquistas romanas, lo esencial del helenismo seguirá perviviendo más allá de las transformaciones históricas.

A continuación, el segundo capítulo trata el espacio público y el marco familiar, que sirven también para dotar de homogeneidad a la experiencia griega con lo político, con especial énfasis en la época clásica. La ciudadanía griega y la integración del individuo en el marco colectivo, tan importantes para el concepto de sociedad posterior, a través de la educación (*paideia*) y la participación política en la comunidad (*polis*) se examinan a continuación. En cuarto lugar se trata el papel de la mujer en la civilización griega, un tema que ha suscitado un particular interés desde hace varias décadas. Especial atención se presta también, en el quinto capítulo, al fenómeno religioso en la civilización griega y a la enorme repercusión que tiene, con toda su variedad conceptual, en la sociedad helénica. La guerra y los aspectos militares se estudian en sexto lugar como uno de los resortes ideológicos más importantes y, a continuación, se expone el atletismo como alternativa pacífica del espíritu combativo y competitivo. En el punto octavo se abordan los aspectos económicos más relevantes de la civilización griega, haciendo hincapié en los viajes comerciales y en la colonización griega del Mediterráneo en época arcaica. Las dos últimas secciones contienen un panorama de la literatura y el pensamiento griegos en su evolución histórica, con especial atención a su influencia social y a su pervivencia posterior.

En definitiva, la finalidad de estas páginas, consiste en proporcionar un conocimiento crítico de una civilización antigua clave para el mundo occidental, como es la griega, resaltando su continuidad y unidad conceptual y la importancia de la recepción de su legado en nuestra tradición cultural. Se pretende así proporcionar conocimientos sobre aspectos como la formación de la sociedad griega, su marco geográfico y natural, las formas de intercambio social, político y comercial, los avances en la ciencia y filosofía, los desarrollos de la literatura y la religión griegas y, finalmente, el legado de la civilización griega a la posteridad. El lector estará en disposición de manejar los contenidos fundamentales aquí expuestos, así como de diferenciar los diferentes períodos de la civilización griega y utilizar sus textos y fuentes principales a fin de obtener interpretaciones del legado, tanto material como espiritual, que ha dejado la civilización griega a la posteridad. Este texto está dedicado, en primer lugar, a estudiantes universitarios —en general a aquellos que tengan que trabajar con los conceptos fundamentales de la civilización griega, en estudios históricos, filológicos o filosóficos—, pero también a cualquier lector interesado en esta temática. A todos ellos, estudiantes, estudiosos o simplemente amantes de la Grecia antigua, les invitamos a adentrarse una vez más en la senda de la civilización que todavía sigue siendo imprescindible para comprender al hombre de hoy.

1. Los griegos, signos de identidad: *to hellenikon*

Si la civilización griega no hubiera existido,
el ser humano nunca hubiera llegado a ser
verdaderamente consciente.

W. H. Auden

Cabe preguntarse qué tiene la civilización griega para que, de forma unánime y con una misteriosa lealtad, el hombre occidental haya buscado desde hace siglos en ella sus raíces. Hace más de dos mil quinientos años, en las riberas del mar Egeo, se produjeron acontecimientos, pensamientos, modos de vida y obras memorables que han perdurado en la imaginación y la veneración de muchas generaciones. Algo despertó entonces en Grecia, nuevo y sin precedentes, que cambió la historia de la humanidad. Allí nacieron los primeros occidentales, que perfilaron una antigua civilización inspirada por la búsqueda de lo absoluto, siguiendo un ideal de verdad y belleza, una cultura que, en cierto modo y pese al pasar de los siglos, sigue siendo la nuestra. La civilización griega se diferencia de todas las anteriores en el proceso histórico de la edad antigua por la primacía de la parte racional sumada a las intuiciones del espíritu, y en el anhelo trascendente de perdurar gracias al intelecto. Antes, tanto la religión como la ciencia constituían el dominio de una casta sacerdotal en un sistema rígido de palacios y jerarquías: en Grecia emerge el ciudadano que toma la palabra en la asamblea y el filósofo que se atreve a preguntarse por la naturaleza de las cosas. Su huella, huelga decirlo, sigue indeleble en el imaginario colectivo de occidente.

Es un tópico ya afirmar, con el poeta Shelley, que todos somos griegos, que nuestras artes y letras, nuestra razón y nuestra ciencia tienen sus raíces en Grecia, que su espíritu sigue rigiendo desde el pasado nuestro presente. Una y otra vez buscamos las claves de nuestras vidas en el pasa-

do griego y romano y hay que tener por cierto que cada renovación cultural, científica o artístico-literaria en la historia de la civilización occidental —en el Renacimiento, el Barroco, la Ilustración, el Romanticismo, etc.— ha sido profundamente condicionada, cuando no directamente provocada, por una relectura o reinterpretación del mundo griego clásico. Las embajadas a Bizancio y posteriormente a Estambul de los reyes europeos de la Baja Edad Media y la temprana Edad Moderna, la visión de la literatura y la filosofía griega de los humanistas italianos de Lorenzo Valla a Marsilio Ficino, la blanca Grecia de rectas y canónicas líneas de Winckelmann, las ruinas románticas de Lord Byron, los sistemas de producción de Marx, la sociología urbana de Weber, los modelos del psicoanálisis de Freud, la crisis de la modernidad en Joyce y otras innumerables «revisitaciones» de la civilización griega han espoleado la imaginación de occidente y han permitido los avances de nuestra cultura y nuestro pensamiento en una rica y fecunda dinámica de tensión, imitación, crítica, subversión o intento de superación. Pero Grecia sigue ahí. Siempre está ahí.

El concepto de «clásico» merece una breve mención en este punto, pues la civilización griega representa el clasicismo por excelencia para occidente. Pero ¿qué clasicismo? ¿El de los mármoles pretendidamente blancos, que en realidad eran policromos? ¿El de las ruinas cubiertas de madreselva donde Hölderlin quería intuir un renacimiento de la vieja Europa? Muchas son las facetas que esconde la noción de «lo clásico». No está de más recordar que la palabra latina *classicus*, de donde deriva la nuestra, proviene del latín *classis* e implicaba el sentido de pertenencia a la clase ciudadana más alta, es decir, una valoración social en principio, y una militar posterior. Pero, además de ello, como es obvio, pasó a connotar metafóricamente una idea de paradigma, una idea que los griegos expresaban con la palabra *kanon* (literalmente, la regla del carpintero), y que pasa a designar esa cualidad modélica en la estética del canon de Policleteo en la estatuaria o en las múltiples listas de autores canónicos que elaboraron, en época helenística, los gramáticos alejandrinos —los tres trágicos, los nueve líricos, los siete sabios, etc.— en su empeño de recopilar a «los elegidos» (*hoi enkrithentes*) por su carácter ejemplar para que figurasen entre los autores dignos de ser compilados y de perdurar en la célebre Biblioteca de Alejandría.

Pero hay tantos clasicismos, tantas visiones y lecturas de la antigua Grecia, como individuos, movimientos y momentos que han revisitado y mediado la transmisión de la herencia de la cultura griega. Todos ellos han ido conformando la imagen de lo helénico de la que somos depositarios hoy, y ya no es posible leer la *Odisea* sin rememorar a los Ulises de Joyce, el de Kazantzakis o el de Dante. Así ocurre con los textos clásicos que, en palabras de Italo Calvino, en su libro *Por qué leer a los clásicos*,

«nunca terminan de decir lo que tienen que decir» y «nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres)». Del mismo modo, la Grecia clásica es más que un período de la historia, una serie de eventos, personajes, obras y costumbres de un momento y un lugar dado: Grecia no se acaba nunca y vive en cada generación que ha interiorizado y perpetuado los logros de aquella civilización. Cada generación, cada relectura, sin embargo, ha ido acreciendo el caudal de ese legado. Por eso hay que poner siempre en cuestión nuestro concepto de clasicismo a la hora de considerar qué significa la civilización griega en el marco de nuestra propia civilización.

La civilización griega es la época clásica por excelencia de la historia cultural de occidente, en lo literario, artístico, político y científico. Y dentro de ella se ha consagrado como «clásico» un siglo, el v a.C., el de la Atenas de Pericles, que produjo obras canónicas para el arte y la literatura, como la *Atenea* de Fidias o el *Edipo Rey* de Sófocles. Continuamente recordamos el Partenón o la democracia, la filosofía socrático-platónica, la historia de Heródoto y Tucídides y los valores del humanismo cívico y ético como los pilares que siguen sosteniendo nuestra idea de referencia de lo canónico, del mundo clásico.

En la civilización griega reconocemos el origen de nuestra cultura y el nacimiento de un sistema de conocimiento científico racional, que engloba las ciencias naturales, sociales y humanas, que tienen en común el anhelo por la búsqueda de la verdad. Pero también sabemos que allí se originan los principios de nuestra inquietud por la religión y la mitología, por la belleza inexplicable de las creaciones del espíritu en el arte y en la literatura; y no ignoramos que es a aquella civilización a la que debemos la noción de representación política participativa que hoy occidente considera la mejor forma que han conocido los seres humanos de gobernarse y convivir en busca de la justicia social y de la igualdad proporcionada. El vocabulario de nuestra civilización es un fiel heredero de la antigua Grecia, lo que se constata en los muchos helenismos que hay en el español y en otras lenguas modernas y que abundan en los más diversos ámbitos semánticos de la ciencia, la política, las artes o la religión: política, ética, economía, estética, lógica, geometría, monarquía, física, anarquía, oligarquía, tiranía, aristocracia, democracia, y otras muchas. Los cánones de la estética, de la política, de la filosofía, la religión, el derecho, la literatura y, en fin, el modelo humanístico que marcará para siempre las nociones de colectivo e individuo en la civilización occidental.

Pero veamos dónde surge esta civilización, que es la nuestra. En la parte oriental del Mediterráneo, en la península balcánica y sus islas adyacentes, se forja a partir del siglo VIII a.C., aunque con raíces anteriores,

la civilización helénica, la cultura de la Grecia clásica. Dejaremos aquí aparte las civilizaciones prehelénicas, pese a alguna mención particular de la minoica y la cultura de los protogriegos micénicos, por estimar que la civilización griega por excelencia comienza al final de los llamados «siglos oscuros», con la formación de una entidad política y cultural clave para el mundo griego, la *polis* o ciudad-estado independiente. Esta forma de comunidad se expandirá de forma extraordinaria en los siglos siguientes a lo largo de toda la cuenca mediterránea, desde la colonización del siglo VIII a.C., con la primera difusión del modelo de las ciudades griegas fuera de su ámbito geográfico natural, hasta la época helenística, cuando, tras la muerte de Alejandro Magno en 323 a.C., sus sucesores hagan de la lengua y cultura griega un elemento dinamizador y de prestigio social a lo largo del mundo antiguo, desde el Nilo al Indo, o, más allá, cuando el mundo romano adopte los modelos griegos en su larga trayectoria, que abarca desde el siglo II a.C. hasta la época tardorromana y protobizantina. La influencia y prestigio de los griegos antiguos y su civilización se ha mantenido intacta, junto a las muchas relecturas e interpretaciones de las que ha sido objeto, hasta hoy.

1. El pueblo griego: signos de identidad

Los griegos, un pueblo de estirpe indoeuropea, habitaron históricamente como núcleo de su civilización la península balcánica, la costa occidental de Asia Menor, y las islas del mar Egeo, regiones todas ellas de complicada orografía. El núcleo del mundo griego es, por supuesto, la Grecia continental, al extremo sur de los Balcanes, provista de un agradable clima mediterráneo, pero las más de las veces con difíciles condiciones de producción agrícola y escasez de tierras cultivables para mantener a comunidades numerosas. La tierra no es excesivamente fértil, salvo algunas llanuras bien irrigadas, como ocurre en Tesalia, y bajo el luminoso cielo griego, dominado por el sol, la lluvia puede escasear y la sequía está a menudo presente. Los ríos son de curso poco fiable y, como en el caso del Cefiso o el Iliso en el Ática, ora pueden secarse ora desbordarse con crecidas peligrosas. Otros ríos son algo más caudalosos, como ocurre con el Peneo, el Aqueloo o el Alfeo, pero la impresión general es de una sequedad considerable y el agua de manantiales y fuentes tiene una importancia crucial para el establecimiento de núcleos de población. La escarpada península griega está rematada por montañas de considerable altura, como el Olimpo, que no llega a los tres mil metros (2.917 m), el Parnaso (2.457 m) en las inmediaciones del santuario de Delfos, el Helicón (1.748 m) y el Citerón (1.409 m) en Beocia, el Taigeto cerca de Esparta (2.410 m), el Ida (2.456 m) en Creta y otros montes como el Cilene y Erimanto, o

los del Ática, el Pentélico, Parnes e Himeto. Aunque las vías eran practicables, las comunicaciones por tierra no siempre fueron fáciles: en un escenario tan montañoso y recortado, eran prioritarios los viajes por mar (fig. 97). No hay ningún punto de Grecia que diste excesivamente del mar y ello facilitaba el uso de la navegación. La geografía también facilitó que el pueblo griego tuviera una fragmentación política notable y estuviera destinado a la comunicación por mar y a la expansión del comercio y de la colonización allende sus lugares de origen.

En efecto, los griegos no formaron una única comunidad política sino que, casi como una constante en su historia, vivieron fragmentados en entes estatales diversos, como las *poleis*, aunque hubiera otras formas de estado (*politeiai*) como las *basileiai* (reinos) o los *ethne* (estados tribales). Con todo, existió entre los griegos un sentimiento de comunidad, de formar parte de la Hélade, un territorio en el que se compartió una cultura común, una lengua, con ciertas variantes dialectales, y una religión, costumbres y leyes ancestrales (*ta patria*) comunes, que dieron lugar a formas de vida y pensamiento dotadas de cierta homogeneidad. Más allá de todas las diferencias locales se percibía en el mundo griego la noción de pertenecer a una suerte de entidad «supranacional» que el historiador Heródoto de Halicarnaso definió en el siglo V a.C. como *to hellenikon*, es decir «lo helénico». Independientemente de los límites de la *polis* o de la familia dialectal a la que se perteneciera, doria, jonia, eolia o arcadio-chipriota, los griegos eran conscientes de pertenecer a una comunidad helénica que estaba marcada por unos rasgos comunes de identidad, como la creencia en un mismo panteón, unas prácticas rituales que Homero y Hesíodo habían fundamentado en sus influyentes poemas, y unos cultos y santuarios comunes, como Delfos, a los que acudían para venerar a sus deidades. Este sentimiento de pertenencia a una comunidad étnica, el *subjektives Zugehörigkeitsgefühl* que diríamos con Max Weber, se concreta en el llamado panhelenismo, es decir, la noción de pertenecer a la civilización griega que está marcada, en suma, por la lengua griega, la literatura homérica y la religión politeísta olímpica. Esta idea se ponía sobre todo de manifiesto en los festivales religiosos panhelénicos, como los de Delos, Delfos u Olimpia, donde se compartían estos valores de identidad común.

Los poemas atribuidos a Homero, el legendario bardo ciego, que narraban parte de la leyenda de Troya, un viejo ciclo épico, se convirtieron, desde su composición oral en torno al siglo VIII a.C., en el acervo cultural común de los griegos. Los días de combate en torno a la ciudadela de Ilión del décimo año de la mítica guerra que, marcados por la ira de Aquiles, componen el hilo argumental de la *Iliada* y la vuelta a casa, plena de peligros y aventuras, de Odiseo tras la guerra de Troya que recogía la *Odisea*, uno de los episodios que formaban parte de los «regresos» o

nostoi de los héroes griegos, se convirtieron así en la base de la educación moral y literaria del pueblo griego, en un compendio de ética, religión y costumbres ancestrales que marcó de forma indeleble la identidad helénica. El poeta Homero había perfilado una concreción genial de aquella leyenda, que circulaba oralmente en otras versiones, como otros tantos ciclos épicos de héroes (Jasón, Teseo, acaso Heracles), se había hecho seguramente eco de los viejos y gloriosos tiempos micénicos y había dejado una viva narración relacionada con la época que vivió. Pero sus poemas encarnaban en realidad los valores griegos arcaicos y sirvieron de escuela para las generaciones venideras. Junto a las epopeyas de Homero, la épica didáctica de Hesíodo, en el siglo VII a.C., pasó a formar parte muy pronto del núcleo esencial de la cultura letrada griega, de la base de la educación integral, de la *paideia*: sus poemas *Trabajos y días*, con las vívidas impresiones sobre la dureza de la Grecia rural y su sentido de la ética y la justicia de la edad arcaica, y la *Teogonía*, con los orígenes del mundo y de los dioses, sus hechos y hazañas, conformaron un díptico fundamental para la religión y la identidad griega. Algo más tarde, con el nacimiento de la subjetividad literaria en la lírica, un tercer poeta pasó a sumarse a este grupo de textos básicos para el mundo helénico, representando la moral de la Grecia aristocrática y el ideal de la *arete* o excelencia, que abarcaba los ámbitos físico, ético y estético, en el hombre de bien (*aner kalokagathos*): Píndaro, el poeta de los epinicios, que loaban las victorias de los grandes atletas, de los púgiles o corredores, concurrentes a los juegos panhelénicos en torno a los santuarios de Delfos, Olimpia, Corinto y Nemea en sus Odas Píticas, Olímpicas, Ístmicas y Nemeas. Esta tríada poética fundamentó, durante algo más de un milenio de antigüedad, la educación literaria e integral del helenismo, la base de lecturas de cabecera junto a otros muchos clásicos canónicos, los trágicos, los historiadores, los oradores o los filósofos, que conformaron la *paideia* griega.

2. Contexto y periodización

Tras esta caracterización general es preciso circunscribir ahora más exactamente el ámbito tópico y cronológico de la civilización griega. Veamos cuáles son los orígenes del pueblo indoeuropeo conocido como griego que ha dado a la luz estos y otros logros. Sus comienzos se remontan, según algunas teorías, a su llegada a los Balcanes iniciada a finales del III milenio a.C., y además se han propuesto migraciones internas posteriores en secuencias inciertas basadas en la distribución y desarrollo de los dialectos del griego antiguo. Estas tesis sugieren al menos dos corrientes migratorias, la primera de jonios y eolios, y la segunda de dorios, que ha-

brían concluido en cualquier caso a finales de la época oscura. La mitología griega hablaba de estas oleadas con nombres míticos como Teucro o Heracles, Helén o su hijo Doro, fundadores epónimos de los diversos grupos de población y lengua griega. En todo caso, los micénicos fueron, en efecto, la primera concreción histórica atestiguada del pueblo griego en el siglo xv a.C., con una lengua testimoniada en las tablillas del llamado Lineal B en los complejos palaciales, y unos ecos literarios muy discutidos en las obras homéricas, algunos siglos más tarde. Cuando llegan los dorios (el «retorno de los Heraclidas», según el mito), parece que se desmorona la cultura micénica, o al menos eso se creía tradicionalmente, aunque hoy se prefiere hablar con cautela de una serie de causas a este respecto. Comoquiera que fuese, la migración doria y el colapso micénico son seguidos por los llamados siglos oscuros (*dark ages*), entre los siglos xi y viii a.C.

La génesis de la civilización griega clásica, tal y como la entendemos aquí, toma como fecha simbólica la celebración de los primeros Juegos Olímpicos en el año 776 a.C., que denotan la noción del panhelenismo, la seña de identidad común en cuanto a religión, moral, lengua y literatura entre las diversas y dispersas entidades preestatales de lengua y cultura griega. Como periodización general, se puede comenzar dividiendo el milenio de civilización griega en cuatro secciones temporales (arcaica, clásica, helenística e imperial romana) tomando como marco de referencia temporal algunas fechas que, aunque son límites convencionales, han servido tradicionalmente para este propósito: desde los albores del siglo viii a.C., es decir, el final de los siglos oscuros, hasta el fin de la tiranía de los Pisistrátidas en el siglo vi a.C., se puede hablar de la época arcaica; desde entonces hasta la muerte de Alejandro en el 323 a.C., podemos enmarcar la época clásica; desde el surgimiento de los reinos de los sucesores de Alejandro a su muerte —el Seléucida en Asia, el Antigónida en Grecia y el Lágida en Egipto— hasta la conquista romana de Egipto en 31 a.C. por Augusto y el consiguiente final de la última monarquía helenística a la muerte de su reina Cleopatra VII, hablaremos de la época helenística; y, por último, desde el gobierno de Augusto al de Justiniano, en el siglo vi, extenderemos la época imperial.

Durante el período arcaico y el clásico de la civilización griega los griegos son conscientes de formar parte de una identidad común, aunque están divididos políticamente y muestran su lealtad a su ciudad-estado de origen, por lo que se enfrentan entre sí de forma incesante hasta desembocar en la cruenta Guerra del Peloponeso, la gran guerra civil griega del siglo v a.C. entre Atenas y Esparta y sus aliados. A su término, y tras la breve hegemonía espartana y tebana, se alza la estrella de un reino norteño y semigriego, Macedonia, que bajo Filipo II primero y su hijo Alejandro, llamado el Grande, después, se hará abanderada del

ideal panhelénico y unirá a las *poleis* griegas *nolens volens*. La campaña de Alejandro contra Persia, en principio concebida como represalia por la invasión persa de suelo griego en las Guerras Greco-persas, acaba con el sometimiento de la poderosa monarquía aqueménida y la extensión de los horizontes de la civilización griega allende las fronteras usuales y anteriormente descritas, hasta llegar a las fronteras del actual Pakistán y del Nilo. Como hitos simbólicos, Alejandro siembra sus conquistas de declaraciones y escenificaciones de su pretendida misión representativa de la identidad helénica: nada más cruzar el Helesponto visita Troya y rinde honores a los héroes homéricos, a los que veneraba, alegando seguir su ejemplo en la guerra contra oriente tras la primigenia campaña de los aqueos contra los troyanos; va fundando diversas colonias, llamándolas Alejandría, desde la más célebre, la egipcia, a la «última» (*eschate*), en los confines del mundo conocido; tras llegar lo más lejos que un griego había llegado jamás, funda un altar a los Doce Dioses del Olimpo, el número perfecto y simbólico del panteón helénico. El resultado de sus conquistas y su peripecia vital es la ampliación más extraordinaria de los perfiles de la civilización griega, que se profundiza en la medida en que, a la muerte de Alejandro, el helenismo se enriquece con el contacto, en los reinos de los diádocos, o sucesores del monarca macedonio, con diversos elementos culturales en una mezcla ecléctica con sirios, judíos, egipcios y muchos otros pueblos. El griego, para entonces, se convierte en *lingua franca* de los viajes y el comercio y las nuevas monarquías, con una elite dirigente griega o de lengua griega, promocionan la *paideia* helénica y engrandecen sus residencias oficiales, ciudades opulentas que se convierten en focos de cultura griega: Alejandría, Pérgamo, Antioquía, Seleucia, etc. La ciudad-estado como forma de gobierno cede ante las grandes monarquías y la literatura y las artes fomentadas por estas expanden extraordinariamente los ideales de la cultura griega, a través del estudio y conservación de las obras de Homero y los autores clásicos en instituciones estatales como las de Alejandría o Pérgamo, mientras se fomenta el desarrollo de la ciencia griega, que avanza en contacto con otras tradiciones. La identidad griega se conserva y se enriquece mediante el contacto con otros pueblos, que acuden al griego atraídos por el prestigio de su cultura. En cuanto a la religión, la *interpretatio graeca* de los mitos y dioses de los pueblos con los que se iba entrando en contacto, ya desde Alejandro, permite un rico sincretismo religioso y cultural.

Tras las sucesivas conquistas romanas de todos los reinos griegos post-alejandrinos, los griegos pasarán a vivir bajo la autoridad del *Imperium Romanum*. Pero, como recuerda oportunamente el verso de Horacio (*Graecia capta ferum victorem cepit*, Epist. II, 1, 156), la Grecia conquistada por los romanos domeñó a su vez a su feroz vencedor, y con su arte,

su filosofía y su cultura llevó la civilización griega no solo a la hasta entonces agreste y militarizada Roma, sino a todos aquellos lugares de los que la urbe del Tíber logró enseñorearse. Durante esta etapa todos los romanos cultivados se preciaban de hablar y leer griego, de conversar al modo griego y de practicar la retórica y la filosofía helénicas. También bajo Roma se profundiza el sincretismo religioso y el mundo griego entra en contacto con nuevas religiones orientales introducidas en el Imperio, como los cultos de Mitra o Isis. Sin embargo, entre los contactos espirituales o culturales con otros pueblos, habidos en el helenismo y bajo el poder romano, destaca la comunidad greco-judía que florece en Palestina y en Egipto y que creará el contexto oportuno para el fortalecimiento y difusión de una nueva religión, el cristianismo, que hará enorme fortuna. El cristianismo primitivo es de lengua y cultura griegas y poco a poco se empapa de toda la *paideia* griega anterior, imitando y ejercitándose en los géneros literarios tradicionales, desde la oratoria a la filosofía o la historiografía. El cristianismo dominará poco a poco el discurso público, la política y la cultura, y diversos emperadores, desde Constantino en adelante, favorecerán la nueva religión e irán relegando la antigua, cuando no proscribiéndola.

La antigüedad tardía, entre los siglos IV y VI, atestiguará un desplazamiento del centro de gravedad político desde Roma hacia la parte oriental del imperio, de lengua y cultura mayoritariamente helénicas. Con la caída de la parte occidental ante los bárbaros y su disgregación en diversos reinos, queda solo el Imperio Romano de Oriente —luego llamado convencionalmente Imperio Bizantino—, como única entidad estatal representante de la civilización grecorromana. Al mismo tiempo, sin embargo, los valores de esta civilización en la antigüedad habían impregnado ya a los bárbaros del norte, a los godos, francos o vándalos, que perpetuarían las tradiciones, la religión cristiana y el sistema educativo grecorromano. El término convencional a este milenio de civilización griega queremos ponerlo, como es tradición, en el año 529, cuando el emperador de Oriente, Justiniano, que a la sazón emprendió una exitosa aunque efímera reconquista de la *pars occidentalis*, decretó el cierre de la Academia platónica de Atenas. Esta fecha, que coincide con la fundación del monasterio de Montecassino por San Benito sobre un antiguo templo pagano, se tiene por el final simbólico de la civilización griega clásica. Con todo, esta perviviría en los muchos renacimientos posteriores del mundo clásico, desde la Europa bizantina y carolingia, a los posteriores en el Humanismo italiano o la Ilustración francesa y alemana.

3. Lo helénico: lengua y cultura

Tras el marco y localización de la civilización griega, huelga decir que toda esta tradición cultural corre parejas con la lengua y la literatura: solo aquellos que hablaban griego pertenecían a su ámbito de influencia, como recuerda oportunamente el orador Isócrates (*Panegírico*, 50), al señalar como *conditio sine qua non* de la identidad griega la lengua. Occidente sigue siendo hoy griego al menos en dos sentidos. En el primero, el literario e intelectual, porque la civilización griega coincide en su comienzo con Homero (s. VIII a.C.), pero se prolonga hasta nuestros días gracias a que la civilización letrada en occidente, por antonomasia, la *Respublica litterarum* del ideal humanista, es griega desde aquella literatura auroral que se enmarca entre los siglos VIII a.C. y V d.C. Y ello en el sentido amplio, humanístico, ideológico y vital que se refleja en autores fundacionales a la vez para cada tradición nacional europea, como Dante, Cervantes, Shakespeare, Milton, Shelley, Goethe o Hölderlin, por no citar a tantos otros que han perpetuado la concepción de la *paideia* clásica como el núcleo de la cultura occidental, en un hilo dorado que une a los autores y lectores, que atraviesa las edades y nunca cesa. El canon de la literatura griega, venerado en la posteridad, incluye no solo la *Iliada* y la *Odisea*, sino todas las tragedias, los diálogos platónicos o las obras de Aristóteles, e incluso las obras cristianas, desde el Nuevo Testamento de la Biblia, redactado en griego helenístico, a las obras patrísticas de grandes escritores eclesiásticos.

Sin embargo, en cuanto a la literatura clásica griega, su materia prima fue, qué duda cabe, la mitología clásica. La palabra mito proviene, como es bien sabido, del griego antiguo *mythos*, que implica gran variedad de significados, desde «palabra» o «dicho» hasta «relato», «historia» e incluso «fábula» o «ficción». Tradicionalmente se ha opuesto a *logos* que, desde el célebre libro de Wilhelm A. Nestle, aparece como la mayor aportación de los griegos a nuestra civilización: el paso del *mythos*, como explicación irracional, poética, religiosa o ingenua del mundo, al *logos*, el comienzo del pensamiento lógico, científico, y filosófico, lo que admite explicación contrastada y justificada. Pero querer deslindar ambos campos en la antigua civilización griega es tan simplista, *malgré* Nietzsche, como oponer a Apolo y Dioniso en el pensamiento o la religión griega. El mito es más que un relato oscuro y lejano de los orígenes, puesto que habita, como decía el mitólogo francés Marcel Detienne, en el país de la memoria y posee una enorme fuerza simbólica, una carga cultural y una vigencia sin parangón, como se ve en el regreso de un cierto refloramiento del mito en el pensamiento moderno. La herencia de Grecia y su civilización funciona más bien como una simbiosis de *logos* y *mythos*, en la que parte de la crítica ha querido destacar, desde el influyente *The*

Greeks and the Irrational (1951) de Eric Robertson Dodds a nuestros días, los aspectos más simbólicos y, acaso, menos racionales. El mito es, en principio, una narración antigua y transmitida de generación en generación que relata historias sobre personajes legendarios en los primeros tiempos: un sistema que a la vez explica el mundo que habitamos y lo anima poética y simbólicamente. Para comprender cómo funciona el pensamiento mítico o, como lo llama Jean Gebser, la estructura mítica de la conciencia (que coexiste con la mágica y la racional en nosotros), hay que entender cómo lo mítico despliega la imaginación de la forma más sugestiva, como últimamente reivindican creadores y estudiosos. La mitología supone un legado fundamental de la antigua cultura griega, como la red de los relatos patrimoniales en los que esa civilización basó su religión, su arte, su literatura y gran parte de su modo de discurrir y argumentar. El mosaico de los mitos griegos ha configurado el imaginario y la cultura occidental, en un entramado de historias que se recrean y se cruzan entre sí trascendiendo su uso religioso. Aunque los griegos creyeran en sus mitos y estos fundamentaran la religión, en la concreción ritual y la conmemoración de las historias míticas en las festividades del culto antiguo, hay que decir que, en Grecia, el mito fue siempre patrimonio de los poetas y gozó de un carácter dúctil y fecundo, con mil variantes y reelaboraciones sobre las que los sacerdotes no tuvieron ningún control dogmático. De ahí la riqueza y la flexibilidad de la mitología griega como materia prima del arte y de la literatura, de ahí también su increíble pervivencia, la presencia de sus estructuras básicas en muchas reinterpretaciones y lecturas que llegan hasta nuestros días (figs. 3 y 7).

Pero junto al mito y las explicaciones tradicionales o irracionales de la religión, siempre presentes y creativas en la civilización helena, la cultura griega progresa a la vez gracias al empleo de un *logos* objetivo, que podría traducirse también de forma compleja como «razón», «razonamiento», «palabra coherente», «cálculo», «texto escrito». La argumentación lógica, frente a la mítica, constituye el segundo pilar, epistemológico y sistemático este, de la civilización griega, sobre la base del lenguaje, de las proposiciones y del diálogo, como se ve en la filosofía, las matemáticas, la física y la geometría, cuyas bases afloran ya en los llamados presocráticos, como Tales de Mileto, Pitágoras de Samos, Parménides de Elea, Anaximandro de Mileto o Heráclito de Éfeso, y se desarrollan en Platón y Aristóteles y en las escuelas científicas y filosóficas del helenismo y la época romana. A lo largo de toda la historia de la civilización griega se puede constatar esa combinación entre el discurso creativo y sublime del mito y el decurso metódico y progresivo de la razón sistematizadora del *logos*.

Asimismo, en tercer lugar, el helenismo se enraíza en la lengua, pues el griego no solo sigue siendo hablado y vivido por más de diez millones de